

biera, pero no pude. Después... después, no sé... Hubo una ligera vacilación, sus dedos se aflojaron y yo caí al suelo y rodé hasta debajo de un sofá; sentí la aguda punzada de una rotura. No puedo precisar el tiempo que allí estuve. Cuando me sacaron, un hombre serio y severo, me observó. Dijo: "Un vulgar suicidio. Amores, engaños, miserias..., la historia de siempre." Busqué, con la mirada, a la mujer. Estaba recostada en un diván, blanca y fría como la nieve, cerrados los ojos, como durmiendo un sueño que no tiene despertar... ¡La historia de siempre!

...

J A C O B O

Mientras se tomaba el café, muy rápidamente porque ya era tarde, su madre le dijo:

- Jacobo, es menester que pidas un anticipo; tenemos que pagar dos meses de luz, la deuda del puesto y tú necesitas unos zapatos.

- Está bien, madre- .Y en tanto engullía el desayuno, pensaba: Vivir así no vale la pena; con lo bueno que sería tener mucho dinero para poder divertirse, y un bonito auto para correr, para correr mucho, viendo pasar, veloces, bellos paisajes, verdes campos, blancos caserios diseminados por doquier, con una hermosa mujer al lado, con una mujer así como la marquesita, tan guapa, tan elegante, tan culta...

- Adiós, hijo. Alzate el cuello del abrigo que hace mucho frío.

- Como quieras, mamá -; y se levantó el raído cuello de la ya viejísima prenda, conservada, con maña gracias al arte y laboriosidad de la anciana.

Corría un fresco vientecillo. Jacobo apretó el paso. Iba ya con bastante retraso a la oficina. Pensaba: ¡Que frío hace! La oficina debe ser hoy una nevera... Y todo esto para unas miserables pesetas, que apenas si dan para vivir...

¡Y que guapa es!...! Tiene unos ojos, una boca... La vida a su lado sería un paraíso de delicias; que bello estrecharla suavemente, a los compases de un vals romántico, y mirarse al mirarla en el espejo de sus negros ojos...

Había llegado. Rapidamente despójose del abrigo, se lió bien la bufanda y se puso a trabajar. El jefe estaba allí. El agachó la vista para no tropezar con la inquisitiva mirada de su superior y fingió mucho afán por su labor.

- Rodriguez - oyó decir a su jefe, con voz avinagrada-, cuando va Vd. a saber que estas no son horas de venir.

- Es que...

- Es que yo le pago para que usted cumpla. vengo observando que no rinde todo lo debido; viene usted tarde, se equivoca con frecuencia, se distrae; si continua así voy a tener que to-

mar serias medidas.

Jacobo callaba pero, interiormente, se decía: El miserable, que no acierta a ver dos dedos mas arriba de sus narices; si yo pudiera... ¿Es que no somos seres humanos?... Con lo bello que es vivir en paz con todos y hacer a todos felices...; felices!.. Vivir sin preocupaciones como los pájaros en el viento, cantando y riendo; extender las alas y cruzar ráudo hasta posarse en la reja de la amada; una reja con flores, y entre ellas la flor mas preciada... Oír de sus labios, rojos como claveles, palabras de cariño: Jacobo, Jacobo, ¿por qué no crees en mí? ¿Es mi posición la que te asusta? No es capricho de niña mimada, es amor, verdadero amor, lo que siento por tí. No te importe lo humilde ^{de tu} clase; para el cariño no hay barreras que lo contenga, cuerdas que lo aten, interés que lo soborne; solo una cosa desea: la reciprocidad de afecto... Jacobo, yo te sacaré de esa miseria en que vives, te elevaré hasta mi rango, casándome contigo...

- Rodriguez

- ... ya no **estárás** a las órdenes de ningún

estúpido jefe egoísta y gruñón, estarás siempre junto a mí, felices los dos, unidos...

- ¡¡Rodríguez !!

- Mande...

- ¿Pero qué le pasa? Está usted durmiendo.

Jacobo se levantó con protintud y al dirigirse a la mesa del jefe recibió la sorpresa mas grande de su vida. Estaba allí, hermosa como nunca, con un vestido blanco muy ceñido, la marquesita. Se puso colorado como una cereza. Casi inconscientemente echó una mirada hacia su traje, que encontró mas deslucido, mas zurcido y estropeado que nunca; sus zapatos rotos, casi insertables, dejaban ver, por ~~sus~~^{unos} agujeros indiscretos, el calcetín.

- ¿Pero que hace usted ahí parado? Acérquese.

- Si, señor.

- Lea esto.

Jacobo clavó sus ojos en el papel que su jefe le entregó y un rubor intenso, una vergüenza infinita, le atenazó la garganta; de una sola ojeada reconoció su letra, y sin necesidad de

leer ~~conoció~~^{supo} su contenido; decia: Rojo clavel entre rosadas rosas - son tus labios, mujer linda y bella - y tus ojos de miradas misteriosas - cual limpido fulgor de una estrella.

- ¿No le dá vergüenza - vociferó el jefe- perder el tiempo en componer versos ripiosos y cursis, en vez de dedicarse a su trabajo, evitándose así el ridículo ?

- Por mi parte -dijo ella-, muy compladida en que, en lugar de una factura, se me envíen inspiradas poesías .- Y añadió sonriendo -:Celebro que sus empleados, pese a sus graves y monótonas especulaciones aritméticas, tenga tan exquisito y poético espíritu.

Cuando la elegante y bella joven hubo salido después de recibir del Sr. jefe todas las excusas imaginables, se dirigió éste al pobre Jacobo y rojo de indignación le gritó:

-¡Imbecil! ¡Váyase ahora mismo a su casa y no vuelva por aquí en tanto no se me olvide lo ocurrido!

- Es que..

- ¡Váyase!

- Yo quería...

- ¡¡Váyase!!

Jacobo, avergonzado, casi lloroso, cogió su abrigo y se lo puso. Los demás empleados le miraban con disimulo, entre curiosos y despectivos. Salió a la calle. Muy despacio, con las manos metidas en los bolsillos, triste y cabizbajo, se dirigió a casa. ¿Que diría su pobre madre de todo aquello? ¿Cómo pagarían sus deudas? ¿Como sustituiría aquellos miserables zapatos que pedían a voces su retiro? Protagonista de su íntima tragedia, tragedia estúpida pero dolorosa, Jacobo dejó correr por sus anémicas mejillas, dos lágrimas..., como una mansa e impotente protesta contra el destino adverso.

CRUCE DE VIDAS

Lujoso hotel de una populosa ciudad europea. En el jardín, discretamente iluminado, cuajado de flores que perfuman el aire, está una pareja. Ella hermosa mujer de ojos claros, con una sonrisa -que bien pudiera ser de gozo, de felicidad, de amor-, toma una copa y levemente, como estampando un beso, moja los labios.

- Quiera Dios que pronto suceda, Pedro- dice

-¿ Por que no? Marcharemos de aquí y nos casaremos. En verdad que nunca sabemos donde está la felicidad. Jamás pensé que en uno de mis viajes profesionales encontraría a una mujer capaz de colmar todos mis deseos.

En este momento un Ordenanza del Hotel se acerca.

- Lllaman por teléfono al señor.

- En seguida vuelvo, querida.

Se aleja entre las frondas. Maria, de su lujoso bolso, saca un paquete de cigarrillos y enciende uno. Retrépase en el sillón, alza el ros-